

EL LLANO DE MALLORCA: EL CORAZÓN DE LA ISLA

SEGURAMENTE ES CIERTA LA CREENCIA DE QUE, EN EL INTERIOR DE LA ISLA, LA VIDA TRANSCURRE DE UN MODO DISTINTO. EL TIEMPO TIENE OTRO RITMO EN ESTOS PUEBLOS ALEJADOS DEL MAR.

MARIA DE LA PAU JANER ESCRITORA



© TONI CATANY



VALLDEMOSSA

© TONI CATANY

Desde los años del *boom* turístico hasta hoy, muchos extranjeros llegan a Mallorca para buscar el mar. En verano, las zonas de la costa se llenan de visitantes impacientes, a menudo, por agotar las posibilidades que les ofrecen las playas isleñas. Por ello, a veces, es difícil encontrar la calma, descubrir los rincones bellos que todavía quedan, lugares que los mallorquines se apresuran hoy a recuperar.

Mallorca está también llena de leyendas que hablan de la tierra y del mar: ocurrencias que los hombres explican en su intento de mantener vivo el nombre de las rocas, de cada camino, de las casas antiguas. Es el afán de hallar las palabras que hacen más clara la vida, porque nos ayudan a recuperar las historias. Historias que crecen, y se multiplican, y se extienden sobre todo por el corazón de la isla.

Es cierta, seguramente, la creencia de que, en el interior de Mallorca la vida transcurre de un modo distinto. El tiempo tiene otro ritmo en estos pueblos alejados del mar, donde nacen las historias. Un ritmo lento como las conversaciones en las tabernas de la plaza—cada pueblo tiene una plaza donde se levanta la iglesia y crecen los árboles—, o el trabajo agrícola, o las fiestas callejeras. Ésta es la cara oculta de la isla, una realidad muy distinta a la de la costa, donde el movimiento, el jaleo y la prisa marcan los días. Casi nada de lo que proviene del exterior ha alterado la existencia de los hombres que viven en los pueblos del llano. Pequeños mundos

cerrados donde las costumbres se repiten de modo idéntico a lo largo de los siglos, donde la naturaleza no es violentada por quienes han hecho del cultivo de la tierra la base de su economía. Pueblos agrarios de dos o tres mil habitantes, muchos de ellos convertidos en lugares de ocasional regreso para los jóvenes que se han marchado a trabajar a la costa. Muy pocos de los turistas que visitan Mallorca se acercan a esos rincones. Descubrirlos puede ser una aventura, la reconstrucción de algunas de las leyendas que los mallorquines conocen. En medio de la isla, justo en el centro geográfico de Mallorca, se halla la villa de Sineu. Un pueblo de historia antigua y prestigiosa. Donado por Jaime I a Pere Martell, un mercader muy rico, tras la conquista y que fue durante mucho tiempo el centro clave de la vida rural mallorquina. Hoy todavía se conservan los restos del palacio que Jaime II mandó construir a comienzos del siglo XIV, como refugio de reposo donde se organizaban famosas cacerías por los carrascales de la zona. Actualmente, sólo se conservan los contrafuertes y algún portal de arco de medio punto de la antigua construcción. Lo demás son añadidos relativamente modernos que convierten la mansión en un convento de monjas. Las calles de Sineu están llenas de casas con balcones y amplios portales donde se instalaba el séquito real, los nobles que acompañaban al rey. Entre estos edificios destaca, sin duda, la iglesia gótica, una construcción de comienzos del siglo XVI junto a cuya

fachada existe una escultura en forma del león de San Marcos, patrón de la villa. En Sineu se celebra también, cada año, una de las representaciones de origen medieval más arraigadas: El descendimiento, el Viernes Santo, de la imagen de un Cristo crucificado en el Calvario, un lugar del pueblo que todos conocen con este nombre, y la posterior procesión de imágenes y cofradías.

Como es propio de todos los pueblos del centro de Mallorca, la feria de Sineu, un mercado que se repite, idéntico, cada miércoles, desde la Edad Media, es conocida por todo el contorno. El día cuatro de mayo, sin embargo, se organiza la más importante, la más antigua y de mayor tradición, un mercado agrícola-ganadero que convoca a los habitantes de los pueblos de los alrededores: Llubí, Maria de la Salut, Muro, Sant Joan, Sencelles, Vilafranca de Bonany. Son los núcleos de población que forman la comarca del Llano, pueblos de austera belleza.

Pocos de los que llegan de lejos conocen el “Talayot” des Racons, restos de construcciones prehistóricas que se conservan en Llubí; o el campanario barroco de la iglesia de Maria de la Salut, pueblo que perteneció a Ramon Zaforteza, conocido por su crueldad como el Conde Mal; o la riqueza de las huertas de Muro, existentes ya en tiempos de los árabes; o el Museo Etnológico que allí se conserva con una muestra, entre otras piezas, de los instrumentos utilizados durante siglos para los oficios tradicionales; o el retablo del siglo XIV de Joan Daurer, que se halla en la iglesia parroquial; o las cruces que marcan los caminos del término de Sencelles.

Tampoco saben las historias que los hombres se cuentan para aproximarse a todo lo que constituye su propia realidad. Ignoran las coplas que se cantan durante el trabajo y las innumerables leyendas que giran en torno a la figura del Conde Mal, personaje legendario por excelencia y las narraciones que reviven las luchas en Muro, en “dalt ses eres”, entre las tropas del virrey y los campesinos sublevados en el siglo XIV, y la larga retahíla de milagros atribuidos a Sor Francinaina Cirer, la santa de Sencelles, narraciones en las que se mezclan la magia y la devoción popular. Los hombres del Llano explican su mundo de casas viejas y estrechas callejeras. Allí, donde todo permanece al margen de la agitación y la vida transcurre sin estridencias. ■